



# Homilías

P. Félix Castro Morales

Sacerdos

**#148**

ENERO  
FEBRERO  
MARZO  
**2023**



María es Madre de Dios, verdad que conocemos y repetimos, pero que, si nos fijamos bien, es un milagro colosal, incomprensible, infinito. En el ambiente de celebración del Nacimiento del Hijo, el cual nos refiere el Evangelio de hoy (Lc. 2, 16-21) la Iglesia nos invita a celebrar el primer día de cada año a María, Madre de Dios... y Madre nuestra: "Bendita sea por siempre la Santa Inmaculada Concepción de la Bienaventurada siempre Virgen María, Madre de Dios... y Madre nuestra".

La verdad de que María es verdadera *Madre* de Dios, la *Theotokos*, la Iglesia la definió en el concilio de Éfeso en el 431. San Cirilo de Alejandría, que presidió el Concilio, escribía a sus fieles: "Sabéis que se reunió el santo sínodo en la gran iglesia de María, Madre de Dios. Pasamos allí el día entero... Había allí unos doscientos obispos reunidos. Todo el pueblo esperaba con ansiedad, aguardando desde el amanecer hasta el crepúsculo la decisión del santo Sínodo... Cuando salimos de la iglesia, nos acompañaron con antorchas hasta nuestros domicilios, porque era de noche. Se respiraba alegría en el ambiente; la ciudad estaba salpicada de luces; incluso las mujeres nos precedían con incensarios y abrían la marcha" (Epístola 24). San Ignacio de Antioquía llama a Jesús "el hijo de Dios y de María".

La Segunda Lectura nos dice que "Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, para rescatarnos, a fin de hacernos hijos suyos. Puesto que ya somos hijos... podemos exclamar '¡Abba!', que quiere decir ¡Papá! ¡Papito!" (Gal. 4, 4-7). Parodiando a San Pablo, puesto que ya somos hijos, si podemos llamar así al Padre, también podemos llamar a la Madre: ¡Madre! ¡Madrecita! ¡Mamá! ¡Mamita!

Esto coloca a María a una altura que da vértigo, al lado del Padre. Pero también, por ser de nuestra raza "nacido de una mujer", está cercana a nosotros y se hace nuestra madre también, madre de la Iglesia. De esclavos que éramos pasamos a ser hijos en el Hijo. Maravilloso intercambio éste como para felicitar a María y felicitarnos entre nosotros.

Ahora, veamos la misión que tiene esta *Madre*, como toda madre. Una madre *da a luz* a su hijo con amor y acompaña a su hijo hasta el final. Así hizo María con su Hijo Jesús. Una madre *amamanta* a su hijo. Una madre *cuida* a su hijo. Una madre *respet*a la libertad de su hijo. Una madre *acompañ*a a su hijo en sus momentos alegres y también en los momentos difíciles. María es madre de todos los hombres en el orden de la gracia. Al dar a luz a su primogénito, dio a luz también espiritualmente a aquellos que pertenecerían a él, a los que serían incorporados a él y se convertirían así en miembros suyos. Ella desde el cielo intercede por nosotros, nos consuela, nos anima y nos apunta a su Hijo diciéndonos: "Hagan lo que Él les diga".

Pero pareciera que nosotros no queremos vivir así. Decimos que queremos las gracias que nos vienen por manos de la Virgen, pero también queremos nuestra voluntad. Y las dos cosas no pueden ir juntas. Decimos que queremos vivir bajo el manto de la Virgen, pero también queremos vivir bajo el manto de nuestros caprichos. Decimos que queremos recibir los dones divinos, pero creemos que nuestros propios deseos son más importantes que esos dones.

Por eso en este primero de año, podríamos hacerle al Señor una carta en blanco, que comenzara en imitación a la Madre de Dios, por un "Hágase en mí según tus deseos" y terminara con un "Amén. Así sea", dejando que El, Padre infinitamente Sabio y Bondadoso, la llenara de sus deseos, de sus designios, de sus planes para nuestra vida.

Así podremos recibir desde este primer día del año la bendición con las palabras que Dios mismo nos dejó: “El Señor los bendiga y los guarde, haga brillar su rostro sobre ustedes y les conceda su favor, vuelva su mirada misericordiosa a ustedes y les conceda la Paz” (Núm. 6, 22-27).

Por tanto, preguntémonos qué podemos imitar de María, nuestra *Madre*. El evangelio nos da dos secretos: “*Ella conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón*”. Seamos hombres que sabemos rumiar las cosas de Dios en nuestra vida, y como decía san Agustín, dado que no podemos imitarla en la primera Encarnación física, imitémosla en la segunda encarnación espiritual “*concibiendo el Verbo con la mente*”. Y segundo, salgamos de la Navidad como los pastores que salieron “*dando gloria y alabanza a Dios por todo lo que habían oído y visto*”, es decir, seamos testigos de esta Encarnación del Hijo de Dios y de esta Maternidad divina de María.

Pensemos ¿Tengo a María como madre de mi fe, esperanza y amor? ¿Rezo continuamente a María? Puedo, como María, recibir la palabra, custodiarla en mi corazón, hacer de ella la luz para mis pasos, alimento de mi vida espiritual.

El frágil Niño que la Virgen muestra hoy al mundo nos haga agentes de paz, testigos de él, Príncipe de la paz. Que Ella, Madre de Dios, nos ayude a acoger a su Hijo y, en él, la verdadera paz. Pidámosle que ilumine nuestros ojos, para que sepamos reconocer el rostro de Cristo en el rostro de toda persona humana, corazón de la paz. ¡Feliz año nuevo a todos!

La luz que brilló en Navidad durante la noche, iluminando la cueva de Belén, donde permanecen en silenciosa adoración María, José y los pastores, hoy resplandece y se manifiesta a todos. La Epifanía es misterio de luz, simbólicamente indicada por la estrella que guió a los Magos en su viaje. Pero el verdadero manantial luminoso, el “sol que nace de lo alto” (Lc 1, 78), es Cristo.

“Los Magos, que llegan de Oriente a Jerusalén guiados por un astro celeste (cf. Mt 2, 1-2), representan las primicias de los pueblos atraídos por la luz de Cristo. Pero ¿qué es esta luz? “Dios es luz, en él no hay tiniebla alguna” (1 Jn 1, 5). La luz que apareció en Navidad hoy se manifiesta a las naciones: el amor de Dios, revelado en la Persona del Verbo encarnado. Dos cosas se necesitan para descubrir a Dios y encontrarse con Él: **el don divino de la fe**, cuyo símbolo es esa Estrella, y también **el esfuerzo del hombre para salir de sí mismo**, como hicieron estos Magos, vencer las dificultades del camino y con fe caer de rodillas ante ese Niño que es Dios y Rey.

La fe es la luz por la que reconocemos a Dios. Es una estrella que nos lleva a Cristo. Mediante la fe conocemos realmente a Dios, aunque este conocimiento sea oscuro, “como a través de un espejo, de manera oscura o borrosa”. Nos asemejamos al piloto de un avión en la noche. No ve absolutamente nada fuera de su cabina. Fiándose de sus instrumentos, sabe que se encuentra en la ruta correcta. También la fe nos sitúa en nuestra ruta, nos muestra el camino que tenemos que recorrer. Dicho de otro modo, “la luz de la fe no disipa todas nuestras tinieblas, sino que, como una lámpara, guía nuestros pasos en la noche, y esto basta para caminar” (LF 57).

Tener fe es encontrar a ese “Tú”, Dios, que me sostiene y me concede la promesa de un amor indestructible; es confiar en Dios con la actitud del niño, el cual sabe que todas sus dificultades, todos sus problemas están a salvo en el “tú” de la madre. Y esta posibilidad de salvación a través de la fe es un don que Dios ofrece a todos.

El Dios de Nuestra fe no es una presencia impalpable, una esencia en la niebla que se extiende alrededor sin saber realmente lo que es. Dios es ‘Persona’ concreta, es un Padre, y por lo tanto la fe en Él nace de un encuentro vivo, de una experiencia viva y personal...

Todos dicen que creen en Dios, **¿Pero en qué tipo de Dios creen?** Quizá creen a un ‘dios difuso, un dios-spray’, que está un poco en todas partes, pero que no se sabe lo que es. Nosotros creemos en Dios que es Padre, que es Hijo, que es Espíritu Santo. Creemos en las Personas, y cuando hablamos con Dios hablamos con Personas: o hablamos con el Padre, con el Hijo o hablamos con el Espíritu Santo. Y ésta es la fe”.

“En la fe, don de Dios, virtud sobrenatural infusa por él, reconocemos que se nos ha dado un gran Amor, que se nos ha dirigido una Palabra buena, y que, si acogemos esta Palabra, que es Jesucristo, Palabra encarnada, el Espíritu Santo nos transforma, ilumina nuestro camino hacia el futuro, y da alas a nuestra esperanza para recorrerlo con alegría. Fe, esperanza y caridad, constituyen el dinamismo de la existencia cristiana hacia la comunión plena con Dios” (LF 7, 2). Quien tiene fe tiene la vida eterna.

Nuestro tiempo requiere de cristianos que estén aferrados a Cristo, que crezcan en la fe a través de la familiaridad con la Sagrada Escritura y los Sacramentos. Personas que sean casi un libro abierto que narra la experiencia de la vida nueva en el Espíritu, la presencia de un Dios que nos sostiene en el camino y que nos abre hacia la vida que no tendrá fin.

*Pidamos al Señor, por intercesión de la Virgen María, que nos ayude a crecer en esta fe, esta fe que nos hace fuertes, nos hace alegres, esta fe que siempre comienza con el encuentro con Jesús y prosigue siempre en la vida con pequeños encuentros diarios con Jesús. Vayamos al portal de Belén con fe y sencillez, desde lo más profundo de nuestro corazón, adoremos a Jesús, prometiéndole que seguiremos siempre su estrella, a Él que es nuestra fe.*

*Que el Señor, por intercesión de la Madre de Dios, en el nuevo Año, nos ayude a todos a crecer en la santidad, para ser en la historia verdadera epifanía del rostro misericordioso y glorioso de Cristo el Señor.*

**(Cfr. Papa Francisco, audiencia general, 8 de enero de 2014)\***

En este domingo, que sigue a la solemnidad de la Epifanía, celebramos el Bautismo del Señor. Fue el primer acto de su vida pública, narrado en los cuatro evangelios. Al llegar a la edad de casi treinta años, Jesús dejó Nazaret, fue al río Jordán y, en medio de mucha gente, se hizo bautizar por Juan. Jesús se bautizó *por nosotros*. Se sumergió en aquellas aguas para *purificarlas*, al contacto con su carne santísima, y así conferirles el poder de purificar. Se sumergió también para *fecundarlas*, dándoles capacidad de engendrar hijos para Dios. Se bautizó para *inaugurar* los sacramentos de la Nueva Alianza, especialmente el bautismo, que es la puerta para los demás sacramentos.

En efecto, \*El Bautismo es el sacramento en el cual se funda nuestra fe misma, que nos injerta como miembros vivos en Cristo y en su Iglesia. Junto a la Eucaristía y la Confirmación forma la así llamada “Iniciación cristiana”, la cual constituye como un único y gran acontecimiento sacramental que nos configura al Señor y hace de nosotros un signo vivo de su presencia y de su amor.

Puede surgir en nosotros una pregunta: ¿es verdaderamente necesario el Bautismo para vivir como cristianos y seguir a Jesús? ¿No es en el fondo un simple rito, un acto formal de la Iglesia para dar el nombre al niño o a la niña? Es una pregunta que puede surgir. Y a este punto, es iluminador lo que escribe el apóstol Pablo: “¿Es que no sabéis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por el Bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva” (Rm 6, 3-4).

Por lo tanto, no es una formalidad. Es un acto que toca en profundidad nuestra existencia. Un niño bautizado o un niño no bautizado no es lo mismo. No es lo mismo una persona bautizada o una persona no bautizada. Nosotros, con el Bautismo, somos inmersos en esa fuente inagotable de vida que es la muerte de Jesús, el más grande acto de amor de toda la historia; y gracias a este amor podemos vivir una vida nueva, no ya en poder del mal, del pecado y de la muerte, sino en la comunión con Dios y con los hermanos.

Muchos de nosotros no tienen el mínimo recuerdo de la celebración de este Sacramento, y es obvio, si hemos sido bautizados poco después del nacimiento. He hecho esta pregunta dos o tres veces, aquí, en la plaza: quien de vosotros sepa la fecha del propio Bautismo, que levante la mano. Es importante saber el día que fui inmerso precisamente en esa corriente de salvación de Jesús. Y me permito daros un consejo. Pero más que un consejo, una tarea para hoy. Hoy, en casa, busquen, pregunten la fecha del Bautismo y así sabrán bien el día tan hermoso del Bautismo. Conocer la fecha de nuestro Bautismo es conocer una fecha feliz. El riesgo de no conocerla es perder la memoria de lo que el Señor ha hecho con nosotros; la memoria del don que hemos recibido. Entonces acabamos por considerarlo sólo como un acontecimiento que tuvo lugar en el pasado —y ni siquiera por voluntad nuestra, sino de nuestros padres—, por lo cual no tiene ya ninguna incidencia en el presente. Debemos despertar la memoria de nuestro Bautismo.

Estamos llamados a vivir cada día nuestro Bautismo, como realidad actual en nuestra existencia. Si logramos seguir a Jesús y permanecer en la Iglesia, incluso con nuestros límites, con nuestras fragilidades y nuestros pecados, es precisamente por el Sacramento en el cual hemos sido convertidos en nuevas criaturas y hemos sido revestidos de Cristo. Es en virtud del Bautismo, en efecto, que, liberados del pecado original,

hemos sido injertados en la relación de Jesús con Dios Padre; que somos portadores de una esperanza nueva, porque el Bautismo nos da esta esperanza nueva: la esperanza de ir por el camino de la salvación, toda la vida. Esta esperanza que nada ni nadie puede apagar, porque, la esperanza no defrauda.

Recuerden: la esperanza en el Señor no decepciona. Gracias al Bautismo somos capaces de perdonar y amar incluso a quien nos ofende y nos causa el mal; logramos reconocer en los últimos y en los pobres el rostro del Señor que nos visita y se hace cercano. El Bautismo nos ayuda a reconocer en el rostro de las personas necesitadas, en los que sufren, incluso de nuestro prójimo, el rostro de Jesús. Todo esto es posible gracias a la fuerza del Bautismo.

Un último elemento, que es importante. Y hago una pregunta: ¿puede una persona bautizarse por sí sola? Nadie puede bautizarse por sí mismo. Nadie. Podemos pedirlo, desearlo, pero siempre necesitamos a alguien que nos confiera en el nombre del Señor este Sacramento. Porque el Bautismo es un don que viene dado en un contexto de solicitud y de compartir fraterno. En la historia, siempre uno bautiza a otro y el otro al otro... es una cadena. Una cadena de gracia. Pero yo no puedo bautizarme a mí mismo: debo pedir a otro el Bautismo. Es un acto de fraternidad, un acto de filiación en la Iglesia. En la celebración del Bautismo podemos reconocer las líneas más genuinas de la Iglesia, la cual como una madre sigue generando nuevos hijos en Cristo, en la fecundidad del Espíritu Santo.

Pidamos entonces de corazón al Señor poder experimentar cada vez más, en la vida de cada día, esta gracia que hemos recibido con el Bautismo. Que al encontrarnos, nuestros hermanos puedan hallar auténticos hijos de Dios, auténticos hermanos y hermanas de Jesucristo, auténticos miembros de la Iglesia. Y no olviden la tarea de hoy: buscar, preguntar la fecha del propio Bautismo. Como conozco la fecha de mi nacimiento, debo conocer también la fecha de mi Bautismo, porque es un día de fiesta.

### **Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo**

El Evangelio nos relata el testimonio de Juan el Bautista sobre Jesucristo, nos dice Quién es Jesús, cuál es su identidad: el Hijo amado del Padre eterno en quien tiene sus complacencias; el Cordero de Dios, el que quita el pecado del mundo.

**Jesús es el Cordero de Dios** porque ha sido elegido por Dios para librarnos de la esclavitud del pecado y hacernos hombres y mujeres libres, y así como en otros tiempos los israelitas fueron librados de la muerte y de la esclavitud por medio de la sangre de un cordero, razón por la que celebran la Pascua de generación en generación, así también nosotros hemos sido librados, en Cristo y por su sangre, de la esclavitud del pecado y de la muerte.

**El testimonio** que nos da san Juan de Jesús: Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, tiene una profunda implicación en el mundo y en cada uno de nosotros; esto es algo muy conocido de todos: Esta expresión que utiliza Juan para presentar a Cristo a sus discípulos es la misma con la que nosotros invocamos a Cristo, en el "Gloria", reconociéndolo como Señor, como Dios y como Hijo del Padre; es también como Cordero de Dios que le dirigimos repetidamente nuestra súplica en la letanía que acompaña a la fracción del pan eucarístico; y es como Cordero de Dios que nos es presentado Cristo cuando se nos invita a acercarnos a la mesa eucarística para recibir su Cuerpo como verdadero alimento. Así pues, no es una expresión extraña para nosotros.

Pero, ¿cómo hacer que la muerte y resurrección de nuestro Cordero inmolado sea nuestro salvador y redentor, luz de nuestros corazones; cómo hacer para que sea el Dios hombre que nos quite el pecado personal y del mundo? Cuando vivimos en un mundo secularizado (un mundo sin Dios y sin pecado, despersonalizado y sin valores); atiborrado de consumismo (cuyo dios parece el comprar y el consumir para ser felices), hedonismo (que hace consistir la felicidad en la satisfacción de los sentidos y del placer, sin hacer uso de la razón y la voluntad), y en un pluralismo en donde cada uno nos sentimos poseer la verdad, en detrimento de la enseñanza y la persona del cordero que dijo "Yo soy la verdad...". Parece que esta presentación que Juan hace de Jesús ha perdido su razón de ser. Ahora ya no hay pecados, ni pecado: porque hemos expulsado a Dios de nosotros y nosotros mismos hemos perdido el sentido de nuestra dignidad y de los valores más elementales...

Se ha perdido la conciencia de pecado. Pero san Juan, lo queramos o no, nos dice: este es el Cordero... Reconozcámoslo, somos culpables. Al menos, no somos inocentes en un mundo dividido, en una sociedad injusta, en un sistema deshumanizado. Vivimos en un mundo de pecado, en un mundo inhumano, fratricida, insolidario... El pecado del mundo está en sus estructuras, o sea, en el modelo de organización que hemos elegido y sostenemos, cueste lo que cueste, entre todos. El precio de este modelo, también llamado "sociedad del bienestar", es el pecado, es decir, la injusticia y la explotación, la marginación y la exclusión...

San Juan Pablo II decía que "se trata de pecados muy personales que tenemos cada uno cuando favorecemos o propagamos cualquier injusticia; son pecados de quienes pudiendo hacer algo para evitar, eliminar o, al menos, limitar determinados males sociales, omite el hacerlo por pereza, por miedo y encubrimiento, por complicidad solapada o por indiferencia; de quien busca refugio en una presunta imposibilidad de cambiar el mundo, y también de quien pretende eludir la fatiga y el sacrificio, alegando supuestas razones de orden superior". De manera que, por complicidad o por omisión, todos estamos metidos en el pecado del mundo. Y, siendo esto así, nada tiene de extraño que el mismo pecado del mundo no nos deje ver nuestras propias

*culpas, y no queramos reconocernos pecadores, y ser liberados por el cordero de Dios que quita el pecado personal y del mundo...*

*Es muy cómodo confundir el pecado con los "pecadillos", o con la clásica excusa: no robo, no mato... estoy bien... pero no te confiesas, ni comulgas, o lo peor, comulgas y no te confiesas...y como consecuencia vives en el sacrilegio, o al margen de tus compromisos de discípulo y apóstol de Jesús... Para recuperar el sentido del pecado hay que empezar por recuperar la conciencia de seres humanos, la conciencia de la igualdad de todos al nacer, la conciencia de la responsabilidad humana y de la solidaridad entre los hombres. Para desenmascarar nuestros pecados, celosamente camuflados en el pecado del mundo, no hay más que recorrer las enseñanzas del Cordero de Dios que quita el pecado del Mundo... /Pero el más grave de todos los pecados es el querer vivir sin Dios: una cosa es que dios esté contigo y otra que realmente tu estés con él: cumpliendo en todo su santa voluntad... o pensando que no tienes pecado, cuando se vive en la ignorancia religiosa, de sí mismo y con una conciencia sin Espíritu Santo..., en un mundo hasta el cuello de secularización ¡Cómo decir que ya no hay pecado!*

*El Señor y, sólo el Señor, puede purificar las conciencias humanas, porque para esto es necesaria la fuerza de la redención, esto es, la fuerza del sacrificio que nos transforma desde dentro. Para esto es necesario el sello del Cordero de Dios, grabado en nuestro corazón como un beso misterioso del amor.*

*Aceptando la invitación de san Juan, caminen con valentía y fidelidad detrás de Cristo. Él es "el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. Pidámosle, por intercesión de Santa María Reina, que nos ayude a no tener nuestra vida sólo para nosotros mismos, sino a entregársela a él y así actuar junto con él, a fin de que los hombres encuentren la vida, la vida verdadera, que sólo puede venir del Cordero de Dios que Quita el Pecado del mundo.*

### **El Señor es mi luz y mi salvación**

*El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande.* Estas palabras tomadas de la primera lectura del profeta Isaías, nos ofrecen un tema unificador para la liturgia de este domingo. Mateo en el evangelio aplica el oráculo de Isaías a la venida de Jesús y a su retiro ocasional en la región de Zabulón y Neftalí (tierra de gentiles). *Jesús es la luz que ilumina las tinieblas, es el salvador que nos rescata de la muerte.* Cristo llama a Simón y Andrés, a Santiago y a Juan para que colaboren con él en la misión redentora; de algún modo *los hace partícipes de esa luz* que desciende del cielo e ilumina la vida de los hombres.

El salmo 26 expresa los sentimientos del hombre que se siente oprimido por las tinieblas y el pecado y ve en Cristo al redentor. El Señor es mi luz y mi salvación. *Jesucristo, revelación del amor del Padre, ilumina toda situación humana* por dramática que ésta sea, porque él ha asumido nuestra condición humana hasta sus últimas consecuencias. Él carga sobre sí el pecado de todos nosotros y se ofrece al Padre como víctima de propiciación. Porque *no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debemos salvarnos* (Hch 4, 12).

Cuando *Cristo ilumina nuestras almas* no hay lugar en ella para el temor o el desaliento, por el contrario, en ella surge la paciencia que todo lo soporta, la fortaleza capaz de las más grandes empresas, la generosidad que no se reserva nada para sí. El alma descubre en sí capacidades hasta entonces desconocidas. "Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor". Palabras estupendas que iluminan nuestra existencia muchas veces turbada por las angustias del mundo, por los temores del mal, por la incertidumbre del futuro. Cristo no deja de llamarnos: Vengan y siganme... Está cerca el Reino de los cielos.

El Papa Francisco ha enseñado que *"La identidad cristiana es una identidad de la luz no de las tinieblas"*. Al respecto San Pablo enseña: "Ustedes hermanos *no pertenecen a las tinieblas*, todos ustedes son hijos de la Luz". Esta Luz, "no ha sido bien recibida por el mundo". Pero Jesús ha venido precisamente para salvarnos del pecado, "su Luz nos salva de las tinieblas". Hoy *"se puede pensar que haya la posibilidad de tener la luz con tantas cosas científicas y tantas cosas de la humanidad"*:

"Se puede conocer todo, se puede tener ciencia de todo e iluminación sobre las cosas. *Pero la luz de Jesús es distinta.* No es una luz de la ignorancia, ¡no! Es una luz de sapiencia y de sabiduría, sino que es diferente a la luz del mundo. *La luz que nos ofrece el mundo es una luz artificial, tal vez fuerte, fuerte como fuego de artificio, como un flash fotográfico. En cambio la luz de Jesús es una luz suave, es una luz tranquila, es una luz de paz.*

*La luz de Jesús "no da espectáculo, es una luz que viene en el corazón".* Sin embargo, "es verdad que tantas veces *el diablo viene disfrazado de ángel de luz:* a él le gusta imitar a Jesús y se hace bueno, nos habla tranquilamente, como le habló a Jesús tras el ayuno en el desierto". He aquí por qué debemos *pedir al Señor "la sabiduría del discernimiento para conocer cuándo es Jesús que nos da la luz y cuándo es justamente el demonio, disfrazado de ángel de luz"*.

"*Cuántos creen vivir en la luz y están en las tinieblas, pero no se dan cuenta. ¿Cómo es la luz que nos ofrece Jesús? La luz de Jesús podemos conocerla, porque es una luz humilde, no es una luz que se impone: es humilde. Es una luz apacible, con la fortaleza de la mansedumbre. Es una luz que habla al corazón y es también una luz que te ofrece la Cruz.* Si nosotros en nuestra luz interior somos hombres dóciles, sentimos la

voz de Jesús en el corazón y miramos la Cruz sin temor: aquella es la luz de Jesús”.

Pero si, en cambio, viene una *luz que te “vuelve orgulloso”*, una luz que “te lleva a *mirar a los demás desde lo alto*”, a despreciar a los demás, “*a la soberbia*, esa no es la luz de Jesús: *es la luz del diablo, disfrazado de Jesús*, de ángel de luz”.

*El modo para distinguir la verdadera luz de la falsa: “Siempre donde está Jesús hay humildad, docilidad, amor y Cruz”*. Jamás “encontraremos un Jesús que no sea humilde, dócil, sin amor y sin Cruz”. Entonces debemos ir tras Él, “sin temor”, seguir su luz porque la luz de Jesús “es bella y hace tanto bien”.

Pidamos al Señor... que nos dé hoy la gracia de su luz y nos enseñe a distinguir cuándo la luz es su luz y cuándo es una luz artificial hecha por el enemigo para engañarnos”.

### **Las bienaventuranzas (Cfr. Papa Francisco junio 2014)**

En el Evangelio hemos escuchado a Jesús que enseñaba a sus discípulos y a la gente reunida sobre la colina del lago de Galilea (Cfr. Mt 5,1-12). La palabra del Señor resucitado y vivo indica también a nosotros, hoy, el camino para alcanzar la verdadera felicidad, el camino que conduce al Cielo. Es un camino difícil de comprender por qué va contra corriente, pero el Señor nos dice que quien va por este camino es feliz, tarde o temprano alcanza la felicidad.

Las Bienaventuranzas son “el programa”, el carné de identidad del cristiano. Por eso ha indicado que si alguno de nosotros hace la pregunta: ‘¿Qué se hace para ser un buen cristiano?’, aquí encontramos la respuesta de Jesús que indica cosas muy a contracorriente respecto a lo que habitualmente se hace en el mundo.

Bienaventurados **los pobres de espíritu**. Las riquezas no te aseguran poco y transitorio. Es más, cuando el corazón es rico, está tan satisfecho de sí mismo, que no tiene lugar para la Palabra de Dios, para Dios...

Bienaventurados los que **lloran**, porque serán consolados: Pero el mundo nos dice: la alegría, la felicidad, la diversión, eso es lo bonito de la vida. E ignora, mira a otro lado, cuando hay problemas de enfermedad, problemas de dolor en la familia. El mundo no quiere llorar, prefiere ignorar las situaciones dolorosas, cubrirlas. Solamente la persona que ve las cosas como son, y llora en su corazón, es feliz y será consolada. La consolación de Jesús, no la del mundo”.

También son bienaventurados **los mansos** en este mundo que desde el inicio es un mundo de guerras, un mundo donde se pelea por todos lados, donde por todos lados hay odio. Y Jesús dice: nada de guerras, nada de odio, paz, mansedumbre”. Francisco indica: si yo soy manso en la vida, pensarán que soy un tonto. Pero, aunque piensen eso tú eres manso, porque con esa mansedumbre heredarás la Tierra.

Bienaventurados lo que **tienen hambre y sed de justicia**, bienaventurados los que luchan por la justicia, para que haya justicia en el mundo”. Es muy fácil entrar en las grietas de la corrupción, esa política cotidiana del intercambio. Todo es negocio”. Cuántas injusticias. Cuánta gente que sufre por estas injusticias”. Jesús dice: bienaventurados aquellos que luchan contra estas injusticias.

Bienaventurados **los misericordiosos**, porque encontrarán misericordia. Los misericordiosos, los que perdonan, los que entienden los errores de los otros”. Así, Francisco recuerda que las palabras de Jesús no fueron bienaventurados los que hacen venganza, los que se vengán: Bienaventurados lo que perdonan, los misericordiosos. ¡Porque todos nosotros somos ejército de perdonados! Todos nosotros hemos sido perdonados. Y por esto es bienaventurado el que va por este camino del perdón”.

Bienaventurados **los puros de corazón**, que tienen un corazón sencillo, sin suciedades, un corazón que sabe amar con esa pureza tan bonita. Bienaventurados los que trabajan por la paz. Pero, ¡es tan común que seamos trabajadores de guerra o al menos trabajadores de malentendidos! Cuando escuchamos algo de esto y vamos donde el otro y se lo digo y hago además una segunda edición un poco más grande y la transmito... El mundo del chismorre. Esta gente que chismorrea, no hace paz, son enemigos de la paz. No son bienaventurados”. Dando un paso más, bienaventurados los perseguidos por la justicia. Cuánta gente es perseguida, ha sido perseguida simplemente por haber luchado por la justicia”.

Las bienaventuranzas son pocas palabras, palabras sencillas, pero prácticas para todos, porque el cristianismo es una religión práctica: no es para pensarla, es para practicarla, para hacerla. Hoy, si tenemos un poco de tiempo en casa, tomemos el Evangelio, el Evangelio de Mateo, capítulo 5, al inicio están las

bienaventuradas; en capítulo 25, están las otras. Este es el camino de la santidad, y es el mismo camino de la felicidad. Es el camino que ha recorrido Jesús, es más, es Él mismo este camino: quien camina con Él y pasa a través de Él entra en la vida, en la vida eterna. Pidamos al Señor... la gracia de ser personas sencillas y humildes, la gracia de saber llorar, la gracia de ser humildes, la gracia de trabajar por la justicia y la paz, y sobre todo la gracia de dejarnos perdonar por Dios para convertirnos en instrumentos de su misericordia.

### ***“Ustedes son la luz del mundo”***

Jesús sigue haciendo el retrato y la fisonomía de sus discípulos y seguidores: en el Domingo pasado en el famoso Sermón de la Montaña (Mateo, capítulos 5-7), que nos marcaban el camino de la auténtica felicidad; hoy Jesús usando dos imágenes expresivas nos dice que quien lleve el nombre de *cristiano* debe ser *sal* y *luz* en este mundo: *“Ustedes son la sal de la tierra... Ustedes son la luz del mundo”*.

Jesús nos quiere como Él: **El discípulo de Jesús debe ser sal**. El Papa Francisco ha dicho que *“cuando el cristiano no es la sal de Jesús se convierte en un ‘cristiano de museo’ que no hace nada. Jesús nos ha dado la sal para dar ‘sabor’ a la vida de los demás. Esta sal no es para conservarla. La sal tiene sentido si le da sabor a las cosas. La sal que hemos recibido es para darla, para ‘saborizar’, para ofrecerla”* (Homilía 23-5-13).

Mientras la sociedad se adormece en una rutina de aburrimiento y pierde el sentido de la vida, Cristo exige mucho más a sus seguidores: ser sal. Debe ser un rasgo característico de los discípulos el saber dar sabor a la vida. Esta imagen nos es muy cercana y es fácil de captar todo el simbolismo y entender que el Evangelio infunde una energía y da un sabor especial a la vida. Sin embargo parecería que a muchos la fe se les ha vuelto sosa, avinagrada y acartonada, y les ha faltado dinamismo y entusiasmo para llevar con alegría el Evangelio.

También **el cristiano tiene que ser luz**, porque llevamos en el alma y en la conciencia el resplandor de Cristo resucitado. Somos cristianos de Pascua. Cristo con su Pascua disipó las tinieblas del demonio, que parecía haber triunfado en ese Viernes Santo. En nuestras pupilas brilla la luz del cirio pascual. En nuestros labios resuena el “Lumen Christi”. Nuestras manos sostienen la vela que se alimenta de ese cirio pascual que es Cristo. Debemos, por tanto, tener rostros de resucitados.

Con la *luz* de la fe en Cristo iluminemos nuestro interior e iluminemos nuestro ambiente, allí donde estamos. La Fe es la luz, que ilumina desde dentro. Por la luz de la fe vemos con claridad cuál es el camino que nos conduce al cielo. Somos “un pueblo tiene “la luz de la vida”. ¿Cómo puede el discípulo de Jesús vivir en el silencio y en la oscuridad si lleva la luz por dentro? El salmo 111 recoge la experiencia de quien experimenta el amor de Dios en la propia vida: “El justo brillará como una luz en las tinieblas”. No es la apatía de quien con pretextos religiosos se desentiende de los problemas de la vida.

El cristiano está llamado a ser lámpara encendida que rompe las cadenas de las tinieblas, rayo que rasga la oscuridad, grito gozoso de quien obtiene una victoria. El cristiano es luz. Con cuánta razón el Papa Francisco en los inicios de su servicio exclamaba: “Ésta es la primera palabra que quiero decirles: alegría. No sean nunca hombres, mujeres tristes: un cristiano jamás puede serlo. Nunca se dejen vencer, nunca, por el desánimo. Nuestra alegría no es algo que nace de tener tantas cosas, sino que nace de haber encontrado a una persona, a Jesús, que está en medio de nosotros, con Él, nunca estamos solos, incluso en los momentos difíciles, aun cuando el camino de la vida tropieza con problemas y obstáculos que parecen insuperables y ¡hay tantos!”.

Todos los bautizados somos discípulos misioneros, llamados a convertirnos en un Evangelio vivo en el mundo: con una vida santa daremos “sabor” a los diferentes ambientes y los defenderemos de la corrupción, como hace la sal; y llevaremos la luz de Cristo a través del testimonio de una caridad genuina. Pero si los cristianos perdemos sabor y apagamos nuestra presencia de sal y de luz, perdemos la efectividad.

*¡Qué hermosa es esta misión de dar luz al mundo!, es una misión que nosotros tenemos. Es hermosa... También es hermoso conservar la luz que hemos recibido de Jesús: custodiarla y conservarla. El cristiano tendría que ser una persona luminosa, que lleva luz, siempre da luz, una luz que no es suya, sino que es un regalo de Dios, un regalo de Jesús. Si el cristiano apaga esta luz, su vida no tiene sentido. Es un cristiano solo de nombre, que no lleva la luz. Una vida sin sentido. Nos podemos preguntar ahora: ¿Cómo quiero vivir, como una lámpara encendida o como una lámpara apagada? Y es precisamente Jesús el que nos da esta luz y nosotros se la damos a los demás. ¡Lámpara encendida!: esta es la vocación cristiana.*

*Señor, que por intercesión de Santa María..., tu luz ilumine nuestras tinieblas, y que podamos dar sentido y sabor a nuestras vidas con la luz de tu evangelio.*

### ***“Ustedes son la luz del mundo”***

Jesús sigue haciendo el retrato y la fisonomía de sus discípulos y seguidores: en el Domingo pasado en el famoso Sermón de la Montaña (Mateo, capítulos 5-7), que nos marcaban el camino de la auténtica felicidad; hoy Jesús usando dos imágenes expresivas nos dice que quien lleve el nombre de *cristiano* debe ser *sal* y *luz* en este mundo: *“Ustedes son la sal de la tierra... Ustedes son la luz del mundo”*. Estas palabras están dirigidas a los discípulos de todo tiempo, por lo tanto, también a nosotros.

Jesús nos invita a ser un reflejo de su luz, a través del testimonio de las obras buenas. Y dice: *“Así debe brillar ante los ojos de los hombres la luz que hay en ustedes, a fin de que ellos vean sus buenas obras y glorifiquen al Padre que está en el cielo”*. (Mt 5,16). Estas palabras subrayan que nosotros somos reconocibles como verdaderos discípulos de Aquél que es Luz del mundo, no en las palabras, sino por nuestras obras. En efecto, es sobre todo nuestro comportamiento que –en el bien y en el mal– deja un signo en los demás.

Por lo tanto, tenemos una tarea y una responsabilidad por el don recibido: la luz de la fe, que está en nosotros por medio de Cristo y de la acción del Espíritu Santo, no debemos retenerla como si fuera de nuestra propiedad. En cambio, estamos llamados a hacerla resplandecer en el mundo, a donarla a los demás mediante las obras buenas. ¡Y cuánto tiene necesidad el mundo de la luz del Evangelio que transforma, cura y garantiza la salvación a quien lo recibe! Pero esta luz nosotros debemos llevarla con nuestras obras buenas.

La luz de nuestra fe, donándose, no se apaga, sino que se refuerza. En cambio, puede debilitarse si no la alimentamos con el amor y con las obras de caridad. Así la imagen de la luz se encuentra con aquella de la sal. En efecto, la página evangélica nos dice que, como discípulos de Cristo somos también *“sal de la tierra”* (v. 13).

La sal es un elemento que mientras da sabor, preserva el alimento de la alteración y de la corrupción – ¡en los tiempos de Jesús no había heladeras! Por lo tanto, la misión de los cristianos en la sociedad es aquella de dar *“sabor”* a la vida con la fe y el amor que Cristo nos ha donado y, al mismo tiempo, mantener lejos los gérmenes contaminantes del egoísmo, de la envidia, de la maledicencia, y demás.

Estos gérmenes arruinan el tejido de nuestras comunidades, que deben en cambio resplandecer como lugares de acogida, de solidaridad y de reconciliación. Para cumplir esta misión es necesario que nosotros mismos, en primer lugar, seamos liberados de la degeneración corruptiva de los influjos mundanos, contrarios a Cristo y al Evangelio; y esta purificación no termina nunca, debe ser realizada continuamente, hay que hacerla todos los días.

Cada uno de nosotros está llamado a ser luz y sal en el propio ambiente de la vida cotidiana, perseverando en la tarea de regenerar la realidad humana en el espíritu del Evangelio y en la perspectiva de Reino de Dios. ¡Qué hermosa es esta misión de dar luz al mundo!, es una misión que nosotros tenemos. Es hermosa... También es hermoso conservar la luz que hemos recibido de Jesús: custodiarla y conservarla. El cristiano tendría que ser una persona luminosa, que lleva luz, siempre da luz, una luz que no es suya, sino que es un regalo de Dios, un regalo de Jesús. Si el cristiano apaga esta luz, su vida no tiene sentido. Es un cristiano solo de nombre, que no lleva la luz. Una vida sin sentido. Seamos ¡Lámpara encendida! Y sal que sabor a la vida.

Que nos sea siempre de ayuda la protección de María Santísima, primera discípula de Jesús y modelo

de los creyentes que viven cada día en la historia, su vocación y misión. Nuestra Madre, nos ayude a dejarnos siempre purificar e iluminar por el Señor, para transformarnos también en 'sal de la tierra y luz del mundo'".

### ***La ley y la libertad***

La libertad es una virtud y un valor eminentemente cristianos. Las lecturas de hoy se centran en esta libertad auténticamente cristiana. En la primera lectura el Sirácida recurre a imágenes para mostrar la responsabilidad del hombre en su obrar: “Fuego y agua he puesto ante ti, alarga la mano a lo que quieras. Ante el hombre están vida y muerte; lo que él quiera se le dará”. Jesucristo en el Evangelio enfrenta la libertad con la elección de lo más propio y peculiar del cristianismo: “Han oído que se dijo...pero yo les digo...”. Finalmente san Pablo exhorta a los cristianos de Corinto a elegir una sabiduría superior: divina, misteriosa, escondida, que Dios nos ha revelado por medio de su Espíritu (segunda lectura).

Jesucristo en el Evangelio de hoy nos recuerda algunos de los mandamientos (quinto, sexto y octavo): “No matarás”, “No cometerás adulterio”, “No jurarás en falso”. La libertad humana encuentra en estas formulaciones una indicación del mal que ha de evitar, e implícitamente del bien que debe hacer: respetar la vida, ser fiel a la propia esposa, decir la verdad. Son principios válidos para todo hombre, sea o no cristiano, sobre todo en su formulación negativa.

Pero Jesucristo propone a la libertad del cristiano ir más allá, llevar el ejercicio de la libertad a una mayor perfección. Jesucristo concretiza algo más los mandamientos del Decálogo. Para un cristiano, elegir el enojo, el insulto, la descalificación personal es una mala elección, que va contra el quinto mandamiento, ataca el amor sincero al prójimo que es la esencia del mismo. En cuanto al sexto, el simple deseo concupiscente es ya adulterio del corazón, es un mal uso de la libertad, porque el corazón no es puro. Finalmente, Jesucristo nos dice a los cristianos que es mejor la verdad y la sinceridad que recurrir al juramento como única y verdadera garantía de honestidad. El cristiano auténticamente libre, amante de la verdad y del bien, no tiene necesidad de jurar.

Esta libertad cristiana, que busca siempre lo mejor, no es una sabiduría de este mundo, sino una sabiduría que viene de Dios y que Dios nos ha revelado por medio de su Espíritu, porque donde está el Espíritu ahí está la verdadera libertad. Esta sabiduría de la libertad ni la conocen ni la entienden los no cristianos, o los cristianos de museo, o los mediocres y renegados; por eso, a veces la atacarán como irracional y otras veces la admirarán como heroica. En todo caso, incluso para los cristianos que la experimentamos y tratamos de aplicarla en la vida, no deja de ser misteriosa, escondida. Es la libertad de los hijos de Dios que no “necesitan” de otras leyes, para comportarse bien como hombres y como cristianos, que la ley del Espíritu.

La libertad cristiana en una sociedad pluralista requiere de gran discernimiento. Los fieles cristianos viven en el pluralismo religioso, político, cultural. Un pluralismo que afecta al mismo modo de ver el bien y el mal y, consiguientemente, a opciones diversas en campos importantes de la vida humana o de la sociedad. Para un cristiano el aborto voluntario es siempre un mal, pero en la sociedad pluralista hay quienes en algunos casos lo consideran un bien. Para un cristiano la prostitución va contra la dignidad de la mujer, pero hay quienes la consideran como una “profesión” tan buena y legítima como cualquier otra...Este pluralismo no ha de debilitar nuestras convicciones, más bien las afianzará y nos llevará a dar razón de nuestra fe y de nuestra postura. Pero tampoco nos ha de llevar al fanatismo y a la intransigencia con quienes no comparten nuestra fe y nuestra moral. El respeto a las diferencias y el diálogo constructivo, y más que nada el testimonio de coherencia cristiana, debe ser el camino preferido por nuestra libertad.

El Espíritu de libertad. El cristiano, cada cristiano, en el buen ejercicio de su libertad, actúa bajo la acción del Espíritu. El discernimiento por obra del Espíritu y la docilidad a este mismo Espíritu permiten al cristiano el uso más pleno de su libertad, el paso de lo bueno a lo mejor, de lo no exigido por la sociedad o por el ambiente en que se vive a lo exigido por la conciencia, de la simple ayuda a los demás a la generosidad sin medida. Entre más dócil sea cada cristiano a la acción del Espíritu Santo en su conciencia, más libre será en sus opciones fundamentales y en las decisiones "débiles", pequeñas de todos los días.

Los mandamientos del Señor son posibles y queridos por Dios, no dejemos de orar como lo hicimos en el Salmo: *"Muéstrame, Señor, el camino de tus leyes y yo lo seguiré con cuidado. Enséñame, Señor, a cumplir tu Voluntad y a guardarla de todo corazón"*.

Jesús después de habernos hablado de las bienaventuranzas, luego de que nos ha pedido convertirnos en sal y en luz para las gentes que nos rodean, y después de habernos indicado que él no venía a abolir los mandamientos, sino a darles plenitud, hasta hacernos llegar a las grandes alturas de la santidad y del heroísmo, Cristo hoy deja caer sobre nuestros ánimos algo que tendría que cambiar radicalmente nuestras vidas: Cristo fue muy preciso y muy claro y muy tajante sobre lo que él quiere de los que se han convertido en sus seguidores: *“Han oído que se dijo: ama a tu prójimo y odia a tu enemigo. Yo en cambio, les digo: Amen a sus enemigos, hagan el bien a los que los odian y rueguen por los que los persiguen y calumnian, para que sean hijos de su Padre celestial, que hace salir su sol sobre los buenos y los malos y manda su lluvia sobre los justos y los injustos”*.

Todo esto sólo es posible para el que tiene fe. Si no tuviéramos fe, ¿cómo podríamos amar al que te ha dejado sin casa y sin familia porque su voracidad ha sido grande y sin medida? Quién que no tenga fe ¿podría siquiera pensar en hacer el bien a los que saben que te odian, que te ven como objeto inservible, para quienes sólo eres útil mientras pueden servirse de ti, pero al que han tirado cuando ya te han sacado todo el jugo? ¿Quién se atrevería a rogar por los que te persiguen y te ha calumniado hasta dejarte en la lona?

Necesitamos fe, mucha fe. Y es que *“Una fe que no da fruto en las obras no es fe”*. Muchas veces escuchamos: ‘Pero yo tengo mucha fe’, ‘Yo creo todo, todo...’ Y quizá esta persona que dice eso tiene anidada en el corazón la venganza, que cuando no se le pone límite es capaz de acabar con los individuos en conflicto e incluso con naciones enteras, provocando guerras, hambre, sangre inocente derramada y enemistades que pueden durar toda una vida. Su fe sería como una teoría, pero no está viva en su vida. Podemos conocer todos los mandamientos, todas las profecías, todas las verdades de fe, pero si esto no se pone en práctica, si no va a las obras, no sirve. Podemos recitar el Credo teóricamente, también sin fe, y hay tantas personas que lo hacen así. ¡También los demonios! Los demonios conocen bien lo que se dice en el Credo y saben que es verdad (Francisco).

Pero por otra parte, el hecho de Cristo nos pida que dejemos de usar la violencia, la venganza y el odio como el móvil de nuestra vida, eso no quiere decir que debemos de quedarnos callados y con los brazos cruzados ante la injusticia y la maldad. Cristo mismo no procedió así. Él nunca se doblegó ante la injusticia del Imperio romano; a Herodes lo llamó “don nadie”, zorro; a los ricos les señaló su gran dificultad para llegar al Reino de los cielos; a los fariseos los denunció por manipular las conciencias de los pobres y a los sumos sacerdotes por haber convertido las cosas de Dios en un negocio.

Y si no nos acabamos de reponer de la sorpresa que nos han causado las palabras de Cristo, todavía podemos sorprendernos un poco más, cuando el profeta Isaías nos llama a la santidad, porque nos hemos acercado Dios que es tres veces santo, y todavía más, el mismo Cristo, en el colmo del heroísmo y la santidad, nos pide escuetamente: *“Sean perfectos como su Padre celestial es perfecto”*. Ya tenemos trabajo para rato, ¡comencemos!

*Esta caridad comienza por casa, con los más cercanos, que son los que más motivos y ocasiones nos dan de practicarla: en la familia, en el equipo de trabajo, en la comunidad religiosa y en la parroquial. No dar importancia a pequeñeces, sobre las que discutimos a veces perdiendo el humor y la paz. Esa caridad no con palabras bonitas o con teorías, sino con gestos concretos (evangelio). También caridad con los pobres, los débiles, los pecadores, los que están en las periferias, como tantas veces nos dice el Papa Francisco. Y el culmen, caridad para perdonar a los enemigos y a los que nos maltratan, poniendo la otra mejilla. El cristiano*

saluda a los adversarios, presta gratuitamente, no responde con contraataques, está pronto a la reconciliación sin albergar sentimientos de represalia y cortando las escaladas del rencor en nuestro trato con los demás.

*¿Utopía? ¿Asignatura pendiente en algunos cristianos? ¿Entendimos el mensaje difícil de Jesús? ¿Lo practicamos? En esto nos jugamos nuestro nombre de cristianos y nuestro gozo eterno: al final de la vida se te examinará del amor.*

Ya hemos comenzado la Cuaresma, tiempo especial de conversión y penitencia que iniciamos con la Imposición de la Ceniza el pasado Miércoles. Hoy, Primer Domingo de Cuaresma las Lecturas nos presentan la tentación y el pecado de nuestros primeros progenitores en el Paraíso Terrenal, así como las tentaciones y el triunfo de Jesús sobre ellas en el Desierto.

Dios por amor crea al hombre y a la mujer para hacerles partícipes de su amor. El enemigo, envidioso del amor que Dios tenía a estas primeras creaturas humanas, les asedió con la más terrible de las tentaciones, la soberbia, “seréis como dioses”, invitándoles a que se desligaran de Dios como él había hecho. Ellos cayeron. Y las consecuencias fueron desastrosas, no sólo para ellos, sino para toda la humanidad, pues de ellos heredamos el pecado original, y los frutos del mismo: pecado y más pecado (primera lectura).

Jesús vino para enseñarnos a luchar contra las tentaciones y para darnos la fuerza para vencerlas. Las tres tentaciones de Jesús abarcan los tres campos atractivos para todos: el ansia de disfrutar, el deseo de vanidad y la ambición del poder. “Mediante esta triple tentación, Satanás quiere desviar a Jesús del camino de la obediencia y la humillación – porque sabe que así, por este camino, el mal será derrotado – y llevarlo por el falso atajo del éxito y la gloria.

Pero las flechas venenosas del diablo son todas rechazadas por Jesús con el escudo de la Palabra de Dios (vv. 4.7.10) que expresa la voluntad del Padre. Jesús no dice alguna palabra propia: responde con la Palabra de Dios. Y así el Hijo, lleno de la fuerza del Espíritu Santo, sale victorioso del desierto”.

“Durante los cuarenta días de la Cuaresma, como cristianos estamos invitados a seguir los pasos de Jesús y a hacer frente a la batalla espiritual contra el maligno con la fuerza de la Palabra de Dios. No con nuestra palabra: no sirve. La Palabra de Dios: aquella que tiene la fuerza para derrotar a Satanás. Para ello hay que familiarizarse con la Biblia: leerla menudo, meditarla, asimilarla.

El Demonio, como en el Paraíso, sigue presentando la tentación como algo llamativo, apetitoso y “aparentemente” bueno. Nos dice la Escritura: “La mujer vio que era bueno, agradable a la vista, y provocativo para alcanzar sabiduría”. Nuestras tentaciones tienen el mismo sabor que las de Jesús, pues el enemigo conoce muy bien nuestro talón de Aquiles. ¿Queremos vencer las tentaciones? Aliémonos como Jesús a la Palabra de Dios que es espada bien afilada, hagamos ayuno de todo aquello que nos corrompe la voluntad y mancha la afectividad; alimentémonos con los sacramentos, y no hagamos caso a las mentiras y propuestas del enemigo.

La Biblia contiene la Palabra de Dios, que siempre es actual y eficaz. Alguien dijo: ¿qué pasaría si tratamos la Biblia como tratamos a nuestro teléfono móvil? Si la lleváramos siempre con nosotros, o al menos el pequeño Evangelio de bolsillo, ¿qué sucedería? Si nos volviéramos cuando nos la olvidamos: tú te olvidas el teléfono celular... “¡No lo tengo, vuelvo a buscarlo!”. Si la abriéramos varias veces al día; si leyéramos los mensajes de Dios contenidos en la Biblia como leemos los mensajes del teléfono... ¿qué sucedería?

Claramente la comparación es paradójica, pero hace reflexionar. De hecho, si tuviéramos la Palabra de Dios siempre en el corazón, ninguna tentación podría alejarnos de Dios y ningún obstáculo podría desviarnos del camino del bien; sabríamos vencer las sugerencias diarias del mal que está en nosotros y fuera de nosotros; seríamos más capaces de vivir una vida resucitada según el Espíritu, recibiendo y amando a nuestros hermanos, especialmente a los más vulnerables y necesitados, y también a nuestros enemigos”.

La Cuaresma nos invita a todos a aprender a vencer las tentaciones, como Jesucristo en el Desierto, con la ayuda de la gracia que Dios siempre nos da. Nos invita también a reconocernos pecadores, a arrepentirnos de nuestras faltas y a confesarlas. La Cuaresma es tiempo especial de conversión y de Confesión, porque es tiempo de volvernos a Dios y de acercarnos más a Él.

“Que la Virgen María, imagen perfecta de la obediencia a Dios y de la confianza incondicional a su voluntad, nos sostenga en nuestro camino cuaresmal, a fin de que nos pongamos en dócil escucha de la Palabra de Dios para hacer una verdadera conversión del corazón.

### ***La fe es necesaria para comprender los misterios de Dios***

En esta Cuaresma, Cristo nos invita a subir con Él al monte Tabor donde nos revelará su gloria y su belleza, y nos dará ánimo antes de subir la escalada del Calvario (evangelio). Sólo a través de la *fe* podemos descubrir, sin escandalizarnos, la divinidad de Jesús a través de su humanidad sufriente (segunda lectura). Como sólo gracias a la *fe*, Moisés se fio de Dios y salió de su tierra cómoda y fértil para comunicarle el Señor sus misterios y su plan (primera lectura).

La cuaresma es una invitación de Dios para dejar, como Abraham, nuestro "*modus vivendi*" tranquilo, cómodo y sosegado, y echarnos al camino guiados por la luz de la *fe* y subir al monte santo de la Pascua, no sin antes pasar por el doloroso sendero de la cruz de Cristo. Esa luz de la *fe* es suficientemente clara como para guiarnos por el recto camino que Jesús nos ha trazado para llegar a la vida eterna. Y es, asimismo, suficientemente oscura para que tengamos mérito en el creer, para que podamos desplegar libremente nuestra confianza en su palabra, aun cuando aquello que Dios nos pida nos resulte humanamente incomprensible.

"La fe es un don que empieza encontrando a Jesús, que es una Persona real y no un dios spray", que está un poco en todas partes, pero que no se sabe lo que es, nosotros creemos en Dios que es Padre, que es Hijo, que es Espíritu Santo. Creemos en las Personas, y cuando hablamos con Dios hablamos con Personas: o hablamos con el Padre, con el Hijo o hablamos con el Espíritu Santo. Y ésta es la fe". (Francisco)

"Dios -dice el Papa Francisco- no es una presencia impalpable, una esencia en la niebla que se extiende alrededor sin saber realmente lo que es. Dios es "Persona" concreta, es un Padre, y por lo tanto la fe en Él nace de un encuentro vivo, de una experiencia tangible.

"Quien tiene fe tiene la vida eterna, tiene la vida. Pero la fe es un don, es el Padre quien nos la da. Hay que seguir por este camino. Pero si vamos por este camino, siempre con nuestras cosas - porque todos somos pecadores y siempre tenemos algunas cosas que no van, pero el Señor nos perdona si le pedimos perdón, y siempre hacia adelante, sin desanimarnos - si vamos por ese camino nos va a pasar lo mismo que le sucedió al funcionario de la Economía": cuando encontró la fe y prosiguió su camino lleno de alegría.

"Este es el gozo de la fe, la alegría de haber encontrado a Jesús, la alegría que sólo Jesús nos da, la alegría que da la paz: no la que da el mundo, sino la de Jesús. Ésta es nuestra fe" (Francisco, 2013-4-19).

*Sólo desde la fe* tendremos en este domingo un encuentro místico con Cristo en el Tabor donde Él se nos revelará en todo su esplendor y encanto, como lo tuvieron estos tres apóstoles íntimos, Pedro Santiago y Juan. Montemos el cuadro escénico: una montaña y una noche, luz y sonido, tres espectadores, dos actores y un protagonista, Jesús. Argumento de la obra: la divinidad de Dios. Título de la obra: Jesús es Dios. Cayó el telón. Esta experiencia mística también la tuvo Ignacio de Loyola: "*Muchas veces y por mucho tiempo, estando en oración, veía con los ojos interiores la humanidad de Cristo y la figura, que le parecía era como cuerpo blanco*" (Autobiografía III, 29), "*como sol*" (ib. XI, 99). "*Si no hubiera Escritura que nos enseñara estas cosas de la fe, él -Ignacio- se determinaría a morir por ellas, solamente por lo que ha visto*" (ib.).

Necesitamos este encuentro místico con Cristo, como Pedro, Santiago, Juan, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Teresa de Calcuta. Desde la *fe*, claro. Lo necesitó Moisés para acaudillar al pueblo de Israel de Egipto a Palestina por cuarenta años de desastres, batallas, crisis religiosas, castigos de Dios, fidelidades de

Dios...Lo necesitó Ignacio de Loyola para fundar la Compañía de Jesús contra viento y marea de príncipes, teólogos y Papas. Lo necesitaban esos tres apóstoles que en unos meses entrarían con Jesús en Getsemaní y se escandalizarían de Él y lo dejarían solo. Y sólo después de la Resurrección renovaron esta *fe* en Cristo Dios que brilló en el Tabor. Y yo necesito de este encuentro místico para no descafeinar la religión buscando achicorias, malta y demás sucedáneos de la *fe*.

Para reflexionar: ¿Cómo está mi *fe* en Cristo? ¿Mi *fe* sigue firme también cuando vea a Jesús ultrajado y colgado en la cruz? ¿Me espantan los silencios de Dios? Sube a la mística de la oración, no te quedes en el llano. Y después baja al llano, lleno del resplandor místico de Cristo, hecho caridad y ternura, dice el papa Francisco.

Pidamos al Señor que nos ayude a crecer en esta *fe*, esta *fe* que nos hace fuertes, nos hace alegres, esta *fe* que siempre comienza con el encuentro con Jesús y prosigue siempre en la vida con pequeños encuentros diarios con Jesús.

Las Lecturas de hoy nos hablan de "agua": agua en pleno desierto brotando de una roca (Ex.17, 3-7), y agua de un pozo al que Jesús se acerca para dialogar con la Samaritana. **Pero más que todo, nos hablan de un "agua viva"**, que quien la bebe ya no necesita beber más, pues queda calmada toda su sed.

Este tercer domingo de Cuaresma se caracteriza por el célebre diálogo de Jesús con la mujer samaritana, narrado por el evangelista san Juan. La mujer iba todos los días a sacar agua de un antiguo pozo, que se remontaba a los tiempos del patriarca Jacob, y ese día se encontró con Jesús, sentado, "cansado del camino" (Jn 4, 6). Jesús, como dice Agustín, "tenía sed de la fe de esa mujer" (In Ioh. Ev., 15, 11), al igual que de la fe de todos nosotros. Dios Padre lo envió para saciar nuestra sed de vida eterna, dándonos su amor, pero para hacernos este don Jesús pide nuestra fe, como decíamos el domingo pasado. La omnipotencia del Amor respeta siempre la libertad del hombre; llama a su corazón y espera con paciencia su respuesta.

El agua es uno de los símbolos que con más frecuencia aparece en la Sagrada Escritura, cuyo correlato en el hombre es la sed. Símbolo algo difícil de percibir en toda su fuerza para nosotros, que habitamos un país en el que, por lo general, el agua abunda. No nos cuesta trabajo. Basta abrir el grifo. En Palestina, en cambio, cuando había escasez era uno de los elementos más apreciados, el primero y fundamental para la supervivencia del hombre. El agua es también condición de fecundidad de la tierra. Sin ella, tenemos desierto árido, zona de hambre y de sed, y la consecuencia, si no hay pozos o cisternas, muerte de hombres, animales y vegetales. Poseer fuentes de agua en Palestina es signo de riqueza y de bendición divina.

La Biblia recurre con frecuencia a la imagen del agua para expresar el misterio de la relación entre Dios y el hombre. Dios es la fuente de la vida para el hombre y le da la fuerza de florecer en el amor y la fidelidad. Apartarse de él es morir de sed. Preguntemos a la samaritana del evangelio de hoy. Lejos de Dios, el hombre no es sino tierra árida, sin agua, destinado a la muerte. El alma siente la nostalgia de Dios porque tiene el cántaro del corazón vacío (evangelio). Pero si Dios está con el hombre, éste se transforma en un huerto, poseyendo en sí la fuente misma que lo hace vivir. El agua es así símbolo del Espíritu de Dios, capaz de transformar un desierto en floreciente vergel y un pueblo infiel en verdadero Israel (primera lectura). Y con esa agua podremos abreviar también a nuestra familia y nuestros sueños.

Jesús ha venido a traernos sus aguas vivificantes, como a la samaritana. Él es la roca de donde sale esa agua. Lo que tenemos que hacer nosotros es golpear con la fe y la esperanza esa roca (primera lectura). Esa roca para nosotros es el Costado abierto de Jesús que destila agua viva y sanadora en los sacramentos. Necesitamos llevar el balde de nuestra vida, aunque esté agujereado y seco, y Jesús lo arreglará, como hizo con la samaritana (evangelio). Jesús, con ternura y tiento, fue elevando poco a poco a esta mujer al nivel de fe, para que pudiera acercarse hasta su Costado abierto y beber.

Sí, Dios tiene sed de nuestra fe y de nuestro amor. Como un padre bueno y misericordioso, desea para nosotros todo el bien posible, y este bien es él mismo. En cambio, la mujer samaritana representa la insatisfacción existencial de quien no ha encontrado lo que busca: había tenido "cinco maridos" y convivía con otro hombre; sus continuas idas al pozo para sacar agua expresan un vivir repetitivo y resignado. Pero todo cambió para ella aquel día gracias al coloquio con el Señor Jesús, que la desconcertó hasta el punto de inducirla a dejar el cántaro del agua y correr a decir a la gente del pueblo: "Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho: ¿será este el Mesías?" (Jn 4, 28-29).

Cada uno de nosotros puede identificarse con la mujer samaritana: Jesús nos espera, especialmente

en este tiempo de Cuaresma, para hablar a nuestro corazón, a mi corazón. Detengámonos un momento en silencio, en nuestra habitación, o en una iglesia, o en otro lugar retirado. Escuchemos su voz que nos dice: "Si conocieras el don de Dios...". O también podemos pensar: *¿Dónde encuentro a Jesús hoy como aguaviva? ¿Tengo el balde preparado ya para recibir esa agua vivificante, santificadora y sanadora? ¿Dónde suelo ir a saciar mi sed: a los pozos contaminados de este mundo o a la fuente de Cristo que la Iglesia conserva intacta y viva en los sacramentos y en la piedad popular?*

Que la Virgen María... nos enseñe a Abrir el corazón a la escucha confiada de la palabra de Dios para encontrar, como la samaritana, a Jesús que nos revela su amor y nos dice: el Mesías, tu Salvador, "soy yo: el que habla contigo" (Jn 4, 26).

### ***La ceguera del cuerpo y la ceguera del alma***

En su encuentro con la samaritana, Jesús nos habló del misterio de la vida sobrenatural por medio del símbolo del agua (domingo pasado). Hoy nos habla de la victoria de la luz divina sobre las tinieblas del pecado por medio del símbolo de la enfermedad y de la *ceguera* (evangelio). Sólo así, curados de la *ceguera*, viviremos como hijos de la luz y daremos frutos de luz: bondad, justicia, pureza, caridad y verdad (segunda lectura). Sólo así conservaremos la unción de nuestro bautismo donde Dios nos hizo partícipe de su gracia y nos abrió los ojos a su luz, librándonos de la *ceguera* (1ª.lectura).

El hombre, ciego de nacimiento del Evangelio, jamás ha visto nada ni a nadie. En el momento en que adquirió la vista, se le manifestó, por vez primera, todo el mundo que nosotros vemos cada día, como una novedad absoluta... Hasta ahora se manejaba con la ayuda del tacto, quizá con la ayuda del bastón blanco, como los ciegos de nuestro tiempo, o tal vez lo ayudaba un perro-guía. Sin embargo, estas ayudas apenas le permitían moverse con trabajo, sufriendo muchas dificultades en la vida dentro del estrecho círculo de los objetos. *¿Qué experimentó al adquirir la vista? ¿Cómo debería vivir ahora? ¿En qué perspectiva debía sentirse liberado? Liberado porque veía.*

Y finalmente: *¿qué sentimientos alimentaba en relación a Aquel que, en ese día memorable, extendió el lodo sobre sus párpados y le mandó ir a lavarse a la piscina de Siloé? ¿Qué pensaba de Él?*

Sucedió después que, todavía durante algunos días, Cristo permaneció desconocido para él. No le había visto cuando puso el lodo en sus ojos; sólo le había oído decir: "Ve a lavarte a la piscina de Siloé". Luego, en el momento de su encuentro con Jesús, acaecido sólo después de cierto tiempo, tuvo lugar esta conversación: "¿Crees en el Hijo del hombre?..."; "¿Quién es, Señor, para que crea en Él?..."; "Le estás viendo; es el que habla contigo". Respondió: "... Creo, Señor.

La Cuaresma es un llamado a hacer una buena confesión de nuestros pecados, pues ellos son la causa de nuestra *ceguera* espiritual. El pecado nubla, y ofusca nuestra mente, mancha y prostituye nuestra afectividad, y debilita nuestra voluntad. Y así enfermamos de *ceguera* espiritual, de apatía anímica y de depresión, como ese ciego de nacimiento (evangelio), que estaba tirado afuera del templo pidiendo limosna. Jesús exige acercarnos a Él con fe, gritar con confianza y obedecerle cuando nos manda bajar a bañarnos en la piscina de Siloé de la confesión. Este ciego, ya curado de la *ceguera*, tiene un proceso de *visión* impresionante: primero confiesa a Jesús como "ese hombre"; después lo reconoce como "profeta"; y finalmente, como Dios. Se abrió al don de la fe que Jesús le ofreció.

Jesús presenta su misión salvífica como un dramático conflicto entre la luz y las tinieblas. El mundo malvado se esfuerza por apagar la Luz de Cristo, porque los hombres que lo integran prefieren las tinieblas a la luz, ya que sus obras son malas. La hora de la pasión que viviremos en la Semana Santa es la "hora de las tinieblas" por antonomasia. Nosotros tenemos que ser hijos de la luz y por ello caminar en la luz (segunda lectura). Tenemos que acudir a esa piscina de Siloé que es la confesión, para que Cristo nos cure de la *ceguera* espiritual, que nos impide ver las cosas desde Dios y como Dios. Sólo los fariseos de corazón seguirán ciegos, porque no quieren aceptar a Jesús. Engreídos, no quisieron dejarse iluminar por Jesús. Creían ver, poseer el recto conocimiento de Dios; pero en realidad, al cerrar los ojos a la luz, que es Cristo, van a su perdición. En cambio, el ciego, imagen del hombre sencillo y recto, se abre a la fe, recuperando la vista; así reconoce a Jesús como salvador, y se salva.

Cada uno de nosotros debemos acercarnos a Cristo Luz que quiere iluminar nuestra vida, nuestra alma, nuestros proyectos, nuestras empresas. Cristo quiere curarme de mi hipermetropía, de mi presbicia, de mi miopía, de mi daltonismo. Sólo debo acercarme a la confesión, confesar mis pecados, aceptar su perdón y salir con una vida nueva, con ojos curados. "No hay peor ciego que el que no quiere ver".

Para reflexionar: ¿nos dejamos penetrar por la luz de Cristo? ¿Nos reconocemos *ciegos* de nacimiento, por culpa del pecado? ¿Cada cuándo nos confesamos? ¿Llevamos la luz de Cristo a nuestros hermanos que están todavía ciegos? ¿Qué frutos de luz estamos dando a nuestro alrededor?

Ya sólo faltan dos semanas para la Pascua y todas las lecturas bíblicas de este domingo hablan de la resurrección. Pero no de la resurrección de Jesús, que irrumpirá como una novedad absoluta, sino de nuestra resurrección, a la que aspiramos y que precisamente Cristo nos ha donado, al resucitar de entre los muertos. En efecto, la muerte representa para nosotros como un muro que nos impide ver más allá; y sin embargo nuestro corazón se proyecta más allá de este muro y, aunque no podemos conocer lo que oculta, sin embargo, lo pensamos, lo imaginamos, expresando con símbolos nuestro deseo de eternidad.

El Cristo Pascual ha venido para sacarnos y resucitarnos de nuestro *sepulcro* del pecado (primera lectura y evangelio), y darnos una *vida nueva* de resucitados, para no vivir ya según la carne sino según el Espíritu (segunda lectura). En el Evangelio de San Juan (*Jn. 11, 1-45*) observamos el impresionante relato de la llamada "resurrección" de Lázaro, el amigo de Jesús, quien -según palabras de su hermana Marta- *ya olía mal, pues llevaba cuatro días de muerto*.

La resurrección de Lázaro es la culminación de los "signos" prodigiosos cumplidos por Jesús. Es un gesto demasiado grande, claramente demasiado divino para ser tolerado por los sumos sacerdotes que, al conocer el hecho, tomaron la decisión de matar a Jesús. Lázaro llevaba muerto tres días cuando llegó Jesús. Y a sus hermanas, Marta y María, les dijo palabras que se han grabado para siempre en la memoria de la comunidad cristiana. Así dice Jesús: "Yo soy la resurrección y la vida; Quien cree en mí, aunque muera, vivirá; El que vive y cree en mí no morirá eternamente".

Considerando esta palabra del Señor, nosotros creemos que la vida de aquel que cree en Jesús y sigue sus mandamientos, después de la muerte se transformará en una vida nueva, plena e inmortal. Como Jesús ha resucitado con su propio cuerpo, pero no ha regresado a una vida terrenal, así nosotros resucitaremos con nuestros cuerpos que serán transfigurados en cuerpos gloriosos. Él nos espera junto al Padre. Y la fuerza del Espíritu Santo, que Le ha resucitado, resucitará también a quien está con Él.

Ante la tumba sellada del amigo Lázaro, Jesús clamó a gran voz: "¡Lázaro, sal fuera!". Y el muerto salió. Las manos y los pies atados con vendas y el rostro envuelto en un sudario. Este grito perentorio está dirigido a todos los hombres, porque todos estamos marcados por la muerte, todos nosotros; es la voz de aquel que es el dueño de la vida y quiere que todos la tengan en abundancia.

Cristo no se resigna a los sepulcros que nos construimos con nuestras elecciones del mal y la muerte, con nuestras equivocaciones y con nuestros pecados. Él no se resigna a esto. Él nos invita, casi nos ordena, a salir de la tumba donde nuestros pecados nos han hundido. Nos llama insistentemente a salir de la oscuridad de la cárcel donde nos hemos encerrado, contentándonos con una vida falsa, egoísta, mediocre.

"¡Sal!", nos dice. "¡Sal!". Es una hermosa invitación a la libertad verdadera, a dejarse atrapar por estas palabras de Jesús que hoy repite a cada uno de nosotros. Una invitación a dejarse liberar de las "vendas", de las "vendas" del orgullo, porque el orgullo nos convierte en esclavos, esclavos de nosotros mismos, esclavos de tantos ídolos, de tantas cosas... Nuestra resurrección empieza a partir de aquí: cuando decidimos obedecer a esta orden de Jesús saliendo a la luz, a la vida; cuando de nuestro rostro caen las máscaras, tantas veces nosotros estamos enmascarados por el pecado, ¡las máscaras deben caer!, y nosotros encontrar el coraje de nuestro rostro original, creado a imagen y semejanza de Dios.

El gesto de Jesús que resucita a Lázaro muestra hasta dónde puede llegar la fuerza de la Gracia de Dios,

y por lo tanto, hasta dónde puede llegar nuestra conversión, nuestro cambio. Pero escuchad bien: ¡no hay ningún límite a la misericordia divina ofrecida a todos! ¡No hay ningún límite a la misericordia divina ofrecida a todos! Acordaos bien de esta frase. Y podemos decirla todos juntos: ¡No hay ningún límite a la misericordia divina ofrecida a todos! Digámosla juntos: ¡No hay ningún límite a la misericordia divina ofrecida a todos! El Señor está siempre listo para levantar la piedra tumbal de nuestros pecados, que nos separa de Él, que es luz de los vivientes.

Hermanos, encomendémonos a la Virgen María, que ya participa de esta Resurrección, para que nos ayude a decir con fe: "Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios" (Jn 11, 27), a descubrir que él es verdaderamente nuestra salvación.

